

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE
OCTUBRE DE 1868, EN HARDMAN
HALL, NUEVA YORK

10 de octubre de 1889

Cubanos:

Vence en mí el placer de lo que esta noche oigo y veo, al desagrado propio de enseñar la persona inútil, que más que del frío extranjero, y del miedo de morir antes de haber cumplido con todo su deber, padece del desorden y descomposición que, con ayuda de nuestros mismos hermanos extraviados, fomenta el déspota hábil para tener mejor sometida a la patria. Lo que veo y oigo no me convida a la elegía, sino al himno. Pero éste es en mí el júbilo de la resurrección, y no el gusto infecundo de la tribuna vocinglera. Con compunción, y no con arrogancia, se debe venir a hablar aquí: que hay algo de vergüenza en la oratoria, en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos. Cimientos a la vez que trincheras deben ser las palabras ahora, no torneo literario, mientras nuestro país se desmigaja y se pudre, y los caracteres se vician, y se pospone a la seguridad personal la de la patria. Tribunal somos nosotros aquí, más que tribuna: tribunal que no ha de olvidar que cumple al juez dar el ejemplo de la virtud cuya falta censura en los demás, y que los que fungen de jueces habrán en su día de ser juzgados. El que tacha a los demás de no fundar, ha de fundar. Entre nosotros, que vivimos libres en el extranjero, el 10 de Octubre no puede ser, como no es hoy, una fiesta amarga de conmemoración, donde vengamos con el rubor en la mejilla y la ceniza en la frente: sino un recuento, y una promesa.

Los que vienen aquí, pelean. Los que hablan, como que hablan la verdad, pelean. Ellos todos han sido elocuentes. Yo sólo no lo podré ser, porque mi palabra no basta a expresar el trastorno, no menos que divino, que en mi alma enamorada de la patria dolorosa, no de la gloria egoísta, han causado las voces de mis compañeros en fe y determinación: la voz del adolescente, vibrante como el clarín, que renueva el juramento de los héroes; la voz de los soldados cívicos que en la hora del combate pusieron a la espada el genio de hoja, y de puño la ley; la voz del desterrado inquebrantable, que prefiere la penuria del deber oscuro a los aplausos vanos de la patria incompleta y a los falsos honores; la voz sacerdotal del hombre meritorio que en la hora de explosión vio salir a los héroes de la tierra, y salió con ellos, resplandecientes como soles, señalándonos, a sus hijos, con el reguero de su sangre, el camino de la tierra prometida. ¡Es morir, es morir, el dolor de no haber compartido aquella existencia sublime! Porque, aunque la prudencia nos guíe y acompañe, y tengamos decidido, porque así nos lo manda la virtud patriótica, que nos guíe y acompañe siempre, la verdad es que ya el brazo está cansado de la pluma, y la virtud está cansada de la lengua; que cuando salimos a buscar el aire puro, como remedo de la libertad, nos sorprendemos ensayando nuestros músculos para la arremetida de la batalla.

Si aquellos tiempos fueron maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria. ¡Delante de nuestras mujeres se puede hablar de guerra!; no así delante de muchos hombres, que de todo se sobrecogen y espantan, y quieren ir en coche a la libertad, sin ver que los problemas de composición de un pueblo que aprendió a leer, sentado sobre el lomo de un siervo, a la sombra del cadalso, no se han de resolver con el consejo del último diario inglés, ni con la tesis recién llegada de los alemanes, ni con el agasajo interesado de un mesnadero de la política de Madrid que sale por las minorías novicias y vanidosas a caza de lanzas, ni con las visiones apetecibles del humo gustoso en que en la dicha de la librería ve el joven próspero desvanecerse su fragante tabaco. A la mujer, para que se resigne. y al hombre, para que piense, se debe hablar de guerra. La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas, El observador juicioso estudia el conflicto; se reconoce deudor a la patria de la existencia a que en ella nació; y cuando, por la ineficacia patente y continua de los recursos cuyo ensayo no quiso ni debió turbar, ve comprobada la necesidad de pagar, en cambio de la vida decorosa y el trabajo libre, el tributo de sangre; cuando con el tributo de sangre de una generación, se salvará la patria del exterminio lento; cuando con las virtudes evocadas por la grandeza de la rebelión pueden apagarse, y acaso borraras, los odios y diferencias que amenazan, tal vez para siglos, al país; cuando el sacrificio es indispensable y útil, marcha sereno al sacrificio, como los héroes del 10 de Octubre, a la luz, del incendio de la casa paterna, con sus hijos de la mano.

¡Oh, sí!, aquellos tiempos eran maravillosos, Ahora les tiran piedras los pedantes, y los enanos vestidos de papel se suben sobre los cadáveres de los héroes, para excomulgar a los que están continuando su obra. ¡De un revés de las sombras irritadas se vendrán abajo, si se les quieren oponer, los que tienen por única hueste las huestes de las sombras: los que han intentado dispersarles, en la hora del descanso, las fuerzas de que necesitaban para triunfar, cuando se levanten, como ya se están levantando, sobre la debilidad de los enemigos y el desconcierto de los propios! Aquellos tiempos eran de veras maravillosos. Con ramas de árbol paraban, y echaban atrás, el fusil enemigo; aplicaban a la naturaleza salvaje el ingenio virgen; creaban en la poesía de la libertad la civilización; se confundían en la muerte, porque nada menos que la muerte era necesaria para que se confundiesen, el amo y el siervo; el hombre lanudo del Congo y el Benin defendía con su pecho a los hombres del color de sus tiranos, a los que habían sido sus tiranos, y moría a sus pies, enviándoles una mirada de lealtad y de amor: entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación; el orden de la familia, los inventos de la industria, y las mismas gracias del arte, crecían, espontáneos, con toda la fuerza de la verdad natural, en la punta

del machete; pero "¿somos nosotros?" se decían aquellos hombres, como si se desconocieran, y andaban como por un mundo superior, felicitándose de hallarse tan grandes, con el poder de la tempestad en la mano y la limpieza del cielo en la conciencia. ¿Y consentiremos en que tanta grandeza venga a ser inútil, y estériles la unión milagrosa y precipitación de tiempos, cumplidas en la guerra, y renovados, con caracteres más dañinos que nunca, los recelos y desdenes que preparan suerte tan sombría, si no se curan a tiempo, a la patria que puede levantarse, hábil y pura a la vez, con la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como la de la naturaleza, sobre las ruinas, porque no son más que ruinas, que mantiene como con restos de energía la política temible en que la flojedad meticulosa y soberbia, compite en cano con el empuje combinado de la codicia y el odio?

¡En pie está el templo, con las palmas por columnas y el cielo de estrellas por techumbre; y los sacerdotes gigantes que vagan, creciendo al andar, nos mandan que no lo consintamos! Lo que nos ordenan aquellos brazos alzados, lo que nos suplican aquellos ojos vigilantes. lo que se nos impone como legado ineludible, de aquellos campos en donde a todas horas, por la virtud de los que cayeron en ellos, esplende, como aclarando el camino a los que han de venir, una luz de astros, es que no perpetuemos los odios, ni pongamos más de los que hay, ni convirtamos al neutral en enemigo, ni dejemos ir de la mano a un amigo posible, ni ofendamos más a quienes hemos ofendido ya bastante, ni esperemos para intentar la salvación a que no haya ya fuerzas con que salvarse; sino que nos empeñemos en juntar, para la catástrofe inevitable, los elementos refrenados o desunidos por los que no tienen manera de evitar la catástrofe; que creemos cátedras de despreocupar, en vez de olimpos de entresuelo y de sillas de odio; que enseñemos al ignorante infeliz, en vez de llevarlo detrás de nuestras pasiones y envidias, a modo de rebaño; que completemos la obra de la revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos, para el bien de todos; que desechemos, como funesta e indigna de hombres, la libertad ficticia y alevosa que pudiera venirnos, por arreglos o ventas, del comerciante extranjero, que con sus manos se conquistó la libertad, y no podría tratar como a iguales, ni como dignos- de ella, a los que no supiesen conquistarla. ¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos? ¡Aquí estamos para cumplir lo que nos mandan, de entre los árboles que nos esperan con nuevos frutos, los ojos que no se cierran, las voces que no se oyen, los brazos alzados!

No es esta noche propicia, cuando la mano se nos está yendo sola a la cintura, para disertar como en academia política sobre las razones, dobladas y notorias, de no quitar ya de la cintura la mano: ni hay que refutar, porque de sí misma anda escondida, la idea pretenciosa que en la isla se propala, la cual manda tener por crimen o necedad toda opinión de cubano sobre asuntos de Cuba que no alcance la fortuna de ajustarse, como el zapato del zapatero al pie del señor, a la política que, con aplauso y satisfacción profunda de sí misma, se ha puesto ¡delante de los que llevan la frente coronada de heridas! la corona. Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba. La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie; y

las cosas públicas en que un grupo o partido de cubanos ponga las manos con el mismo derecho indiscutible con que nosotros las ponemos, no son tuyas sólo, y de privilegiada propiedad, por virtud sutil y contraria a la naturaleza, sino tan nuestras como tuyas; por lo que, cuando las manos no están bien puestas, hay derecho pleno para quitarles de sobre la patria las manos. No hay que refutar ya, arrogancias semejantes. Ya se están cayendo las estatuas de polvo: ya se van apagando de sí propias las escorias brillantes que quedaron, vestidas como de oro por la luz del gran incendio, después de la guerra: ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüeños para las bofetadas: ya están cumplidas nuestras profecías, y vencidos por su impotencia y por sus yerros los que osaban tachar de usurpación la tarea nuestra de preparar el país de acuerdo con sus antecedentes y sus elementos, para la acción desesperada que según ellos mismos habría de seguir inevitablemente a la catástrofe de su política. De ningún modo es necesario responder con ira desde aquí, -porque si son cubanos que yerran, jamás hemos de olvidar que son cubanos,- a los que nos censuran el amor tenaz a nuestras glorias, que aun cuando no pasara de amor de contemplación no sería censurable, sino vital y fecundo, por más que sea preferible acompañarlo de una parte activa, en la reedificación de la hermosura cuyo desastre se la menta: de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad del corazón que nos manda ostentar, por sobre nuestras cabezas, el culto de los que murieron por nosotros. ¡Desventurado el hijo de Cuba que no lo ostenta; porque en propagar después del sacrificio el culto de los que supieron inmolarse, hay más honra que en haber ostentado en el sombrero, durante la inmolación, la cinta de hule de los sacrificadores!

No es ésta ocasión de preguntarnos si estará bien guardado el espíritu de la revolución por los que pelearon contra ella, o vivieron ante ella indiferentes, o disimularon con una calma constante ante el español, sus simpatías infecundas, o la trastornaron, en vez de servirla, con sus ambiciones. El arrepentimiento es un modo de entrar en la virtud; aunque no se concibe que los que llevaban ya barba en aquella hora difícil, pudieran con honor dejar de ejercer el patriotismo que las abunda luego en la hora fácil, ni es de uso que los arrepentidos tengan en la casa de la virtud más derecho que los que fueron siempre virtuosos. Ni cabe en el concepto alto del deber patriótico venir a esta tribuna, tan alta que no pueden llegar a ella celos aldeanos ni competencias infantiles, a hacer oficio de matador de moros muertos, y de lanceadores de nuestra propia carne. Ni al convencido, que cayó en su convicción, se le ha de desdeñar aunque milite en campo opuesto, ni halar de la barba que le encaneció en el servicio de sus ideas: porque hay un campo en que los hombres se dan las manos, que es el de la honradez, donde te respeta, y aun se ama por su virtud, a los adversarios constantes y veraces.

Honra y respeto merece el cubano que crea sinceramente que de España nos puede venir un remedio durable y esencial,-porque hay uno, o dos, cubanos que lo creen: honra y respeto al que, en la certidumbre de que un pueblo no ha de disponerse a los horrores de la guerra por el convite romántico de un héroe frustrado, dirija su política ¡si hay algún previsor ignorado que la dirija! de modo que las fuerzas que garantizarían la paz, más amable que la muerte, caso de que cupiera la paz sana y libre, diesen de sí en la hora de la última necesidad la guerra cordial y breve a que la

miseria, y el recuerdo de lo que pudo, y la ira de haber confiado en vano, han de llevar forzosamente, por el mismo exceso y extremo de la sumisión, a un pueblo hambriento y desesperanzado que conoce la enredadera silvestre que calma la sed, y el pedernal de los ríos con que se enciende el fuego, y la miel generosa de la abeja, que aplaca el hambre y dispone a pelear, y los farallones inexpugnables de la serranía, donde puede hacer cejar al sitiador numeroso un riflero bien arrodillado. Al que se engañe de buena fe, y al que se prepare, sin traición a la política de paz insegura, para atender con el menor desconcierto posible a las consecuencias naturales, en un pueblo empobrecido e infeliz, del fracaso de una tentativa de paz tan inútil como sincera,-honra y respeto. Pero al que finja, blanqueando el corazón, aquella creencia en el remedio imposible que afloja las fuerzas indispensables para el remedio final; al que prefiere su bien inseguro, impuro, al servicio franco de la patria, o contribuye con su silencio y su favor, o con la hábil atenuación de sus censuras ostentosas, a prolongar, sin que el remordimiento le muerda, este descanso, ya temible, que el gobernante aprovecha, astuto, para quebrar los últimos huesos al pueblo envenenado, y beberle, con anuencia de los letrados, la última sangre; al que oculta a sabiendas la verdad, y promete lo que no cree, con labios prostituidos, y pretende demorar la obra sana de la indignación, como si la cólera de un pueblo fuera un dócil criado de mano, hasta que crezca su persona aspirante, o duerman las arcas a buen recaudo, a esos enemigos de la república, a esos aliados convictos del gobierno opresor, ¡ni honra ni respeto!

Pero ¿a qué insistir sobre el engaño, loable en algunos, y criminal en los más; sobre la tibieza, que es culpa de carácter en unos, y en otros de juicio; sobre el interés personal, que ha de ser siempre, por fortuna, entre los cubanos el pecado de los menos,-de aquellos que por sus propios errores, o por equivocación de fe, o por consejo extemporáneo de una pacífica nobleza, están hoy ante el país sin crédito ni valimiento, ni más influjo que el que les ha de dar, por algún tiempo aún, la certidumbre, patente entre sus parciales, de que la confesión de derrota que implicaría su abandono de la política nominal, precipitaría las soluciones de la política real,-el desconsuelo, temible en los pueblos pobres, -la guerra, a que no están personalmente preparados? Por eso viven, y nada más que por eso. ¡Hablen con honradez, y digan si viven por más! Al mal que han hecho es a lo que hay que atender, para remediarlo, y no a los que por error excusable o por dilatada cobardía lo hicieron.

Los tiempos se han cumplido, y cuanto les predijimos, acontece. El miedo no ha resuelto una situación que sólo podía resolver el valor. El amo insolente ha empleado en fortificarse los años que el siervo tímido empleaba en desunir sus huestes y en destruir sus fortalezas. Una jefatura de policía es nuestra patria, con un sargento atrevido a la cabeza. Lo único que ha logrado el partido autonomista de veras, porque es lo único que con tesón procuró, ha sido el trastorno de los elementos que a haber estado unidos, como debieran, pudiesen precipitarlos, como fin natural de su política, a la guerra a que sólo tienen derecho a resistirse mientras presenten prueba plena de su capacidad para evitarla. Ya están frente a frente el amo preparado, y el siervo sin preparación. Jamás podré olvidar cierta conversación que tuve en mi último destierro a España con uno de los prohombres en quienes más esperanzas tuvieron puestas por largo tiempo los caudillos

autonomistas; jamás podré olvidar que luego de haber analizado los factores de nuestra población, y los hábitos y agentes políticos de España, y la urgencia de nuestra necesidad de remedio, y lo que tarda el pueblo español en mudar de hábitos, y de haber deducido, en vista de todo, los sucesos y estado a que habíamos de venir, y hemos venido, "¡Oh, sí!" me dijo: "Usted tiene razón. Es triste, pero es cierto. Podremos aplazar el resultado; pero el resultado tiene que venir. Allí no cabemos los dos juntos. O ustedes o nosotros". Y éste es el problema después de diez años: o ellos, o nosotros. Esto me lo decía el prohombre español tendido en su cama, como símbolo de su nación, en pleno mediodía.

Y no es que se nos ocurra negar que en una situación de paz, aunque aparente, haya debido existir un partido de paz, que debió ser aparente también, para ser real y fecundo, y estar en correspondencia con la situación que lo creaba. Ni es que caigamos en el extremo de pedir que el partido autonomista, basado en la suficiencia de la paz, tenga una mano puesta en el parlamento de Madrid, y otra en el parlamento silencioso, por más que anden a cada paso aceptando la posibilidad de que el país, en fuerza de la desesperación, haya de parar en la guerra. Si adelantasen con ánimo igual y determinado, y atención vigilante a la variedad de elementos y delicadeza de los problemas vivos del país, tratando al adversario como auxiliar en lo que lo es naturalmente y como hermano o como amigo al menos al liberto que ha padecido tanto de nosotros, y en nosotros está, y ni por su voluntad ni por la nuestra puede arrancarse de nosotros; si no se valiesen para la revolución de su error natural, de las fuerzas mismas de la revolución, -que no es más, en la ciencia política verdadera, que una forma de la evolución, indispensable a veces, por la semejanza u oposición de los factores que se desenvuelven en común, para que el desenvolvimiento se consuma; si la guerra que como recurso inevitable, y por razones confusas de patriotismo, interés y hábito de autoridad, podría suceder, con los más amenazados y los más impacientes del partido, a la confesión, ya poco lejana, de su derrota, fuese aquella guerra de raíz, entera y generosa, que Cuba, criada en odios y desigualdades, necesita; y si sintiésemos palpitar, bajo los actos necesarios y loables dé prudencia, aquel espíritu redentor que llevó a la contienda épica a nuestros mártires, e hizo de ellos a la vez héroes y apóstoles, -con paciencia, y hasta con júbilo, porque al hombre honrado no le asusta morir esperando en la oscuridad en el servicio de la patria, veríamos adelantar a los que más ilusorios o menos decididos, tardasen en venir a nuestras vías, sin echarles en cara el venir lentamente porque venían fundando.

¿Qué culpa no será la de los que, para cuando haya llegado la hora de la guerra, en vez de haber conducido su política en previsión de un resultado que son incapaces de evitar y ellos mismos reconocen como posible, tengan al país revuelto y enconado, sin que los de allá, por aquel alejamiento vecino al odio que se les predica para con los de acá, se hayan puesto al habla; sin la simpatía, precursora del acuerdo, con los peninsulares liberales, que ya son muchos más de los que eran, y en esta como en otras partes pudieran ver la independencia con buenos ojos; sin el interés fraternal de nuestros libertos que, a no ser tan nobles como son, y hombres de tanto fuego y libertad como nosotros, pudieran seguir con más agradecimiento, en su afán legítimo de mejora, al español aleccionado que se la ofrece que a los conterráneos incapaces que los desdeñan, por

más que todavía palpiten a miles bajo su pecho oscuro los corazones generosos que sostuvieron en sus horas de agonía la guerra pasada, y están hoy, como siempre, con el pie en el estribo, prontos a partir de nuevo a la conquista de la libertad plena de la patria! No es que no debió existir el partido de la paz, sino que no existe como debe, ni para lo que debe. Es que jamás ha cumplido con su misión, por el error de su nacimiento híbrido, por falta de grandeza en las miras. Es que no abarca, en la lucha del país contra sus opresores, todos los elementos del país. Es que no ha podido allegarse las fuerzas indispensables para el triunfo, ni para el goce pacífico de él, ni para la vida sana de la patria, aun dentro de la libertad incompleta, o desdeña el trato veraz con todos aquellos que se hubieran puesto del lado de la libertad contra España, si hubiese citado a guerra Común por la libertad, como debió citar, a los que por culpa de España padecen como nosotros de falta de libertad, y la hubieran defendido, y la defenderán tal vez en el suelo en que nacen sus hijos y en que viven-al andaluz descontento, al isleño oprimido, al gallego liberal, al catalán independiente-¡somos hombres, además de cubanos, y peleamos por el decoro y la felicidad de los hombres! Es que el partido autonomista, por su debilidad, su estrechez y su imprevisión, ha hecho mayores los peligros de la patria.

Y está la patria así, buscando con los ojos el estandarte de las sombras, pidiendo, sin fe en los que la han aconsejado mal, sin divisar de lejos la luz que le puede ir de nosotros; y a sus puertas el sable del sargento atrevido, que necesita, a fin de salvar su fama, que la guerra surja sin orden ni preparación, para vencerla fácilmente, antes que estalle la guerra definitiva e invencible de la dignidad y la miseria. ¡Y para eso estamos aquí; para evitar con nuestra vigilancia, y con la confianza que a nuestra patria inspiramos, el estallido de la guerra desordenada, aunque siempre santa; para preparar, con todos, para el bien de todos, la guerra definitiva e invencible; para que si estalla la guerra, por la vehemencia del dolor cubano o la habilidad del español que la provoca, no nos la ahoguen al nacer, ni se adueñen de ella los aventureros de espada o de tribuna que espían esas ocasiones de revuelta para salir, sin más riesgo que el de la vida, a la conquista del renombre y del botín; ni se convierta por nuestra incapacidad y desidia en una revolución de clases, para la preponderancia de un cenáculo de amigos, o la liga, henchida de guerras futuras, de los políticos débiles y autoritarios con los déspotas que le salen a la libertad, aquella revolución de amor y de fuego que de su primer abrazo con el hombre echó por tierra, rotas para siempre, las barreras inicuas y las prisiones de los esclavos!

Lo que hacemos, el silencio lo sabe. Pero eso es lo que debemos hacer todos juntos, los de mañana y los de ayer, los convencidos de siempre y los que se vayan convenciendo; los que preparan y los que rematan, los trabajadores del libro y los trabajadores del tabaco: ¡juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores! El tiempo falta. El deber es mucho. El peligro es grande. Es hábil el provocador. Son tenaces, y vigilan y dividen, los ambiciosos. ¡Pues vigilemos nosotros, y anunciemos a la patria agonizante la buena nueva, que ya tarda mucho, de que sus hijos que viven libres en el extranjero han juntado las manos en unión poderosa, y han decidido salvarla!

Un himno siento en mi alma, tan bello que sólo pudiera ser el de la muerte, si no fuese el que me anuncia, con hermosura inefable y deleitosa, que ya vuelven los tiempos de sacrificio grato y de dolor fecundo en que al pie de las palmas que renacen, para dar sombra a los héroes, batallen, luzcan, asombren, expiren, los que creen, por la verdad del cielo descendida sobre sus cabezas, que en el ser continuo que puebla en formas varias el universo, y en la serie de existencias y de edades, asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma plena se embriaga de dicha, el que da su vida en beneficio de los hombres. Muramos los unos, y prepárense, los que no tengan el derecho de morir, a poner el arma al brazo de los soldados nuevos de nuestra libertad. De pie, como en el borde de una tumba, renovemos el juramento de los héroes.